

LA FE DE TIEMPOS DIFICILES

Estos son tiempos difíciles, qué duda cabe. Vivimos una gran crisis económica, que afecta a toda la humanidad, aunque a algunos más gravemente que a otros; tenemos penosos focos de guerra, y en lugar de buscar acuerdos de paz, se intenta por todos los medios, extender peligrosamente los territorios involucrados; aumentan los desastres naturales, producto del cambio climático; aumenta el número de líderes que son elegidos por su estilo irracionalista, extravagante, caracterizados por usar un lenguaje agresivo, ofensivo y perentorio, todo lo cual no favorece el diálogo democrático ni el sentido de unidad.

Los tiempos difíciles tienen un efecto muy paradójico en la vida espiritual de todas y todos nosotros. Por una parte, hay muchos que se alejan de su fe, pierden la esperanza y se centran en sí mismos y sus necesidades, de un modo individualista. Sin embargo, también hay evidencia de que la vida de fe se ha renovado a lo largo de la historia en momentos de agitación social y política, en tiempo de perturbación moral, provocando una profunda transformación espiritual. Estos efectos son colectivos, pero también muy personales.

En el evangelio de este domingo nos volvemos a encontrar con una de las viudas más famosas de la historia, aquella a la que Jesús sacó del anonimato, al hacer notar a sus discípulos, el valor de fondo de la modesta ofrenda, depositada en la alcancía del templo. Muchas veces hemos corrido el riesgo de hacer una aproximación algo liviana a esta historia. No se trata solo de una mujer desprendida, capaz de un gesto de generosidad. Es mucho más que eso.

Con su donación la viuda cumplía el precepto de Tzedaka, que se refiere a extender la justicia, a través de la solidaridad, que era uno de los mandamientos centrales de la veneración a Dios, contribuir a que todos tengan lo necesario. El capítulo 19 de Levítico establece que: "Y cuando sieguen las mieses de su tierra, no acaben de segar el rincón de su campo, y las espigas verdes al cosechar su mies, no recogerán; ni los granos de la uva de su viña recogerán; para el pobre y para el peregrino los dejarás; Yo soy el Eterno, su Dios".

La intención era ofrecer al necesitado una forma digna de ganar su alimento, sin ponerlo en la necesidad de rogar por una limosna. Este es uno de los principios que guían al precepto. Tzedaka es una obligación ordenada por Dios a todos los judíos. Incluso una persona pobre o con necesidades materiales no está exenta del precepto.

La viuda, pesar de vivir tiempos difíciles, no duda en hacer el gesto libre, valiente y convencido de ponerse absolutamente en manos de Dios. Ella da todo lo que tiene, porque sabe que de ese modo se hace parte de la comunidad que venera a Dios, ofreciendo y recibiendo solidaridad y justicia. No se trata de filantropía, se trata de una experiencia de desarrollo espiritual largamente cultivada. No es el gesto impulsivo de un momento, es una señal de confianza en Dios y en la comunidad de creyentes, madurada y asentada firmemente en su corazón. No se trata de cumplir un mandato, es una decisión soberana y esperanzada, que moviliza los mecanismos más de fondo que dan sentido a su vida. No es un acto de fe ciega, es reflejo de una fe experiencial, de un largo vínculo con un Dios confiable.

Esas son las connotaciones del gesto que Jesús rescata del anonimato y lo señala como la respuesta que nos pone a salvo de las actitudes dependientes, pueriles, descuidadas, auto exculpatorias, o manipuladoras. La experiencia de la viuda es un salto adelante de maduración psicoespiritual y merecieron la admiración de Jesús, porque para él también la relación con Dios no se trata de "algo" si no de "todo".

La fe de los tiempos difíciles, aquellos en que se palpa el éxito de las ruinas, no consiste en creer que Dios existe, consiste en experimentar que Dios es el Dios de la vida, de la resurrección, de la transformación del dolor en fortaleza, del temor en confianza y de la decepción en esperanza. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 10 de noviembre de 2024